

Ya hemos dicho que la demencia de Eugenia era pacífica: una especie de alelamiento, de estupidez.

Por tanto, los arrebatos no eran de temer en ella.

Mas á pesar de esta seguridad, no se la dejaba sola un momento, ni aun durante las horas de sueño.

Como llevamos dicho, su hija reemplazaba con solicitud todos los dias al despertar, á la criada encargada de velar á Eugenia.

En una de estas mañanas sucedió una cosa extraordinaria, inesperada.

María, como siempre, se acercó al lecho de Eugenia.

Esta dormía.

Imprimió algunos besos la jóven en la pálida frente de la pobre loca, y luego fué á sentarse en un sillón á corta distancia.

En seguida cayó en una triste meditacion.

Durante ella no distinguió la tierna niña que su madre se habia despertado casi al mismo tiempo de darla su último beso.

En su preocupacion, desesperanzada ya por tan repetidos desengaños como habia sufrido, ni siquiera se habia fijado, tal era su profunda tristeza aquel dia, en el rostro de Eugenia.

Abismada en hondas meditaciones, ni aun se apercibió del ruido que su madre acababa de hacer al salir de su sueño.

Dos minutos permaneció la jóven como embargada.

Su imaginacion repasaba en aquel momento todos los sucesos de su singular existencia, y ora discurría por un cielo esmaltado de brillantes luces y bellos colores, ora caía en abatimiento, en una especie de noche que anublaba su corazon sencillo.

La imágen de su amante la trasportaba á mundos desconocidos de dicha y bienandanza; pero el recuerdo de la triste situacion en que la autora de sus dias se encontraba, infundia en su corazon dolorosas emociones, borrando casi sus breves destellos de alegría.

De este modo se encontraba la jóven, abismada y triste, cuando creyó percibir que una voz acababa de pronunciar allí cerca su nombre.

Levantó la cabeza, y miró alrededor suyo.

Pero no vió á nadie.

Ya creia que era efecto de su propia imaginacion, cuando la voz resonó de un modo más claro, aunque débil, en su oido.

Dirigió los ojos á su madre, y la encontró despierta.

Pero lo extraordinario, lo que llenó su corazon de sobresalto, no fué esto precisamente.

Cual si fuese movida por un resorte, se levantó rápida del sillón, y contempló á su madre.

Por un momento temió ser víctima de una nueva alucinacion.

La pobre jóven creyó distinguir que una triste sonrisa, no la espantosa contraccion de siempre, plegaba los labios de Eugenia, y que además sus ojos estaban bañados en lágrimas.

María sintió una emocion inexplicable.

Latiendo su corazon á impulsos de una secreta esperanza, con la mirada anhelante, adelantó un paso hácia el lecho de Eugenia.

Hubo un momento en que á su vez temió la jóven que también la abandonaba la razon.

Las lágrimas que habia creído ver en los ojos de su madre, bañaban en realidad el rostro de esta.

Por otra parte, su mirada, como su sonrisa, eran dulces, y tenían una expresión de lucidez, que María distinguió por instinto.

Avanzó un paso más.

Entonces oyó y vio á la par que los labios de Eugenia pronunciaban con un tono de ternura infinita:

—¡María! ¡Hija de mi alma!

La emoción concluyó por sofocar á María.

Lo que estaba viendo y oyendo parecía producto de un sueño, una faláz quimera.

Sin embargo, su corazón latía como dominado por el dulcísimo presentimiento de la realidad.

Estas encontradas sensaciones, y estas opuestas ideas, la mantuvieron prepleja algunos instantes.

Pero Eugenia repitió:

—¡María!... ¡hija mía!... ¿No me oyes?

Y al mismo tiempo que derramando lágrimas consoladoras, pronunciaba con ternura infinita estas palabras, alargó sus brazos algo descarnados á su hija, repitiendo:

—Ven, hija de mi alma, ven.

María entonces se precipitó en los brazos de su madre, exclamando entre sollozos:

—¡Madre mía! ¡madre mía!

Y la madre y la hija permanecieron largo tiempo abrazadas y confundiendo sus lágrimas.

Cuando al fin, pasado el primer momento de efusión se separaron, preguntó Eugenia á su hija:

—Pero... ¿qué ha pasado?... me parece que he debido estar enferma mucho tiempo... la cabeza me duele un poco... la tengo así, como pesada... ¿Qué es lo que me ha pasado, hija mía? ¿He estado enferma? dí... Yo creo...

Y Eugenia, interrumpiéndose, se pasó repetidas veces sus transparentes manos por los ojos.

Luego, como si lo adivinára ó lo recordára todo:

— ¡ Ah! — exclamó; — mi padre.... ¿ dónde está mi padre?

María respondió entonces, pudiendo apenas contener el llanto que la causaba su alegría:

— Duerme en este momento; pero voy á buscarle, voy á hacerle venir.

Y volviendo á besar con apasionado entusiasmo á Eugenia, corrió á despertar al anciano.

Este despertó sobresaltado al ver los extremos de alegría que hacia su nieta.

Sorprendido vivamente, se lanzó del lecho, y casi arrastrado por la jóven se dirigió al dormitorio de Eugenia, á la cual encontró incorporada sobre los almohadones de su cama.

De una sola mirada conoció el anciano, bendiciendo á la Providencia en el fondo de su alma, que su hija acababa de recobrar la razon.

La inteligencia habia vuelto á reflejarse en el hermoso aunque demacrado rostro de Eugenia.

Montenegro no pudo contenerse.

Durante sus mortales años de pesadumbre, habia tenido tiempo bastante de perdonar las culpas de su hija, más desgraciada que criminal.

Abrió sus brazos, y estrechando con ellos la cabeza de su hija, la cubrió de lágrimas y de besos.

María tambien se abrazó á su madre; y unidos los tres en un grupo lleno de encantos indefinibles, largo tiempo permanecieron confundiendo sus caricias y sus lágrimas, los besos más apasionados y las más tiernas caricias.

Este feliz suceso produjo en la casa, como es natural, un júbilo inmenso.

Utrera, según su costumbre, fué aquella mañana á casa de su prometida.

Iba triste; porque la situación de Eugenia, á la cual profesaba ya una piadosa simpatía, alejaba su deseado enlace con la hija de esta.

Cuando al entrar se encontró con Eugenia en aquel estado, su sorpresa y su alegría fueron grandes.

Parecióle como si el cielo, hasta entonces nebuloso y sombrío, se hubiese rasgado, abriendo paso á un sol lleno de esperanza y de vida.

Una exclamacion de agradable, de placentera, de ingénua sorpresa, se escapó de su pecho.

—¡Loado sea Dios!—habia dicho el noble jóven.

Eugenia le alargó la mano, y dijo:

—¡Gracias, Utrera, gracias! Dios me concede una felicidad, que sin duda no merezco, pues acabo de obtener el cariño de todos... Sí, tiene Vd. razon, amigo mio: loado sea Dios, que así se compadece de las criaturas.

Utrera besó la mano que Eugenia le habia alargado, y repuso con emocion:

—Es porque Dios sabe que Vd. es bien digna de todo nuestro cariño; y el mio, aun cuando no tan grato como el de un padre y de su hija, es verdadero y profundo.

La alegría, la tranquilidad renacieron en la casa de Montenegro con suceso tan fausto.

Aquellos séres, separados por tanto tiempo, que habian llegado, arrastrados por distintas pasiones, hasta el ódio, formaron desde entonces una estrechísima alianza.

Los lazos dulces de la familia anudaron sus corazones.

Pasado algun tiempo, una tarde, cuando todos se ha-

llaban reunidos, y Utrera contemplaba á María tristemente, no habiéndose atrevido á hablar de su proyectado enlace, Montenegro se acercó á su hija:

—Eugenia,—dijo mirando sucesivamente y con intencion á los amantes,—¿no observas, hija mia, que me voy haciendo demasiado viejo?

—¿Por qué dice Vd. eso, padre mio?—preguntó Eugenia.

Montenegro respondió:

—Los viejos, cuando declinamos, solemos ser caprichosos como los niños...

—¿Y tiene Vd. sin duda alguno de esos caprichos?—repuso Eugenia, quien por los gestos de su padre, demasiado significativos, comprendió de qué iba á tratarse.

El anciano continuó, tomando afablemente una mano de su hija:

—Has acertado, Eugenia; tengo un capricho, y deseo verlo realizado cuanto antes.

Luego, dirigiéndose á Utrera y á María, con acento algun tanto burlon:

—Vosotros, muchachos,—añadió,—os aburrís de lo lindo; distingo muchas veces que poneis una cara tan compungida, que causa pena veros...

Interrumpióse un momento, y añadió con volubilidad, dirigiendo á Utrera una mirada oblicua:

—Vd., querido amigo, aborrece á María.

Utrera prorumpió en una exclamacion.

Pero no dijo más, y á la verdad era bastante, porque ella envolvia una protesta contra la chanzoneta de Montenegro.

Este, á quien llegó á complacer la confusion del jóven, prosiguió con el mismo tono cáustico, dirigiéndose igualmente á su nieta:

—Y tú, María, responde con franqueza: debes fastidiarte ya de ver á tu novio aburrirse.

María tampoco respondió, pero se puso colorada como una cereza.

El anciano, viendo la confusion de entrambos, se puso á reir de todas veras.

Por una parte Eugenia parecia tambien gozarse con el tono de broma en que su padre abordaba la cuestion, y hacia coro á la risa de este.

—¿Qué, no me respondeis?—añadió Montenegro;—¡ah, ah!... bien, muy bien; bajais los ojos; eso esconde una protesta; entonces, no he dicho nada; como quiera que me voy haciendo viejo, segun decís, no veo ya gota.

Y miraba simultáneamente con aire socarron á Utrera, á María y á Eugenia.

Luego, dirigiéndose á esta y dando algunas palmaditas en su mano, que conservaba entre las suyas:

—Ya que estos mozos nada dicen, vamos á hablar nosotros: veamos qué te parece mi proposicion: soy de parecer, hija mia, que debemos hacer un bien de caridad sacando dos ánimas del Purgatorio, dos almas que están penando cruelmente, y esperan de nosotros su redencion: ¿qué opinas tú de esto, Eugenia?

Eugenia respondió resueltamente:

—Soy del mismo parecer que Vd.

—¿De veras?

—Como que pensaba en ello hace dias.

—Entonces, no hay más que hablar. Señoritos,—añadió,—ya han oido Vds. nuestro fallo definitivo; si la sentencia os parece dura, apelar de ella: nosotros cumplimos con nuestro imparcial deber, y disponemos desde este momento, y del modo más solemne, que para el

mes próximo se den Vds. las manos, y punto concluido.

Utrera y María fueron á echarse á los piés del anciano.

No habia trascurrido aun el mes, y la ceremonia se verificaba en la iglesia que hemos designado.

María, la tierna expósita, la hija adoptiva de los honrados taberneros, fué desde entonces la amante y amada esposa de D. Enrique Utrera.

Cuando el tío Colás y su mujer llegaron al templo, la comitiva regresaba.

—¡Oh diablo!—exclamó el tabernero dando un abrazo paternal á la novia;—¡con permiso de Vd., D. Enrique!... No puedo pasar por ménos; pero es el caso que como ustedes se han anticipado, segun veo, lo que pensaba hacer antes, lo hago ahora... En cuanto á Vd.,—añadió,—ven-ga esa mano, y que Dios les haga felices.

Utrera tendió los brazos al anciano.

En cuanto á la tabernera, besaba con trasporte á la novia y lloraba de júbilo.

Veinte minutos despues regresaban todos á la calle del Prado.

Eugenia, muy débil aun, no habia podido acompañar con harto sentimiento á su hija.

El clásico chocolate, pero un chocolate en regla, al estilo de la época, esperaba á la comitiva.

Lo primero que Utrera y su esposa hicieron, fué depositar cada uno un beso en la frente de su madre.

Aquellos ósculos colmaron la medida de la felicidad en que Eugenia rebosaba.

Toda la mañana la consagraron los novios, como los convidados, á apurar los resortes de la alegría.

Pero llegó la una de la tarde, y Utrera recordó que tenia un deber, una palabra que cumplir.

—Señores,—dijo,—María y yo vamos á dejar á Vds. por una hora: una persona muy estimable nos espera.

Algunos, y entre ellos Montenegro, que nadaba, por decirlo así, en un mar de satisfacciones, trataron de disuadir al jóven, instándole á que desistiese de su propósito.

Otros prorumpieron en esas pullas y equívocos de buen género, que tan comunes son en tales casos.

Pero Utrera les respondió:

—Es un deber sagrado el que voy á cumplir: una persona tan digna como infortunada, me manifestó hace tiempo vivos deseos de conocer á mi esposa: hace dos años que esa persona vive en el más absoluto retiro, y habiéndolo yo prometido, voy á cumplir sus deseos.

—¿Y quién es esa persona?—preguntó Montenegro con alguna duda.

—La condesa del Ramal, la prometida de mi ilustre amigo el capitán Velarde,—respondió Utrera con respeto.

Las recientes protexas se convirtieron súbitamente en un murmullo de aprobacion.

Al tiempo de salir los novios, Eugenia les dijo al paso, con los ojos arrasados en lágrimas:

—Hijos míos, decid á la condesa que lloro sinceramente su desgracia, y que solo despues que me traigáis su perdón, el último que necesito despues de todos, tendré mi conciencia todo lo tranquila que necesito.

CAPITULO LVI.

Un deber cumplido.

Desde que Carolina recibió el terrible golpe que la causó la muerte de Velarde, se condenó á un absoluto aislamiento, á la soledad más completa.

Pasaba la desconsolada jóven los dias enteros entregada en el fondo de su gabinete á una profunda melancolía.

En los primeros tiempos, su cruel dolor la habia hecho derramar copiosas lágrimas.

Pero estas cesaron, y el dolor se hizo en cierto modo reflexivo, tranquilo.

Entregada frecuentemente á sus recuerdos, habia conseguido grabar de tal modo la imagen de Velarde en su mente y en su corazon, que á cada momento, despierta ó en sueños, le tenia presente; fijo, acostumbrándose con su recuerdo á creer muchas veces que le tenia delante de sí, lleno de vida, obsequioso, tierno y amante, como en tiempos más felices.

Muchas veces la llevó la ilusión al extremo de conversar con el héroe, respondiendo á las palabras que su fantasía la hacia distinguir con una claridad sobrenatural.

En estas horas de verdadero éxtasis, el alma de Carolina se trasportaba, y sumida en una dulce languidez, llegaba á olvidarse completamente de sus penas y dolores.

Y ¿cómo nó, si durante aquellos instantes de dicha inefable, de consolador enajenamiento, vivia á su lado la benéfica sombra, la querida imagen... el mismo Velarde en cuerpo y en alma; Velarde, hermoso y gallardo como siempre; Velarde, cuyos negros ojos la miraban con apasionado fuego, y cuyo corazon lo sentia ella latir con sordas palpitaciones al lado del suyo, sobre su mismo corazon, amoroso y anhelante?

Pero esta dicha violenta, ficticia, en medio de sus dolores constantes, de su resignado sufrimiento, afectaban grandemente la salud de la jóven.

El sueño y la realidad establecieron una ruda lucha en su corazon, y esta lucha incesante y eterna, á semejanza de la gota de agua sobre la piedra que corroe, cayendo con sorda lentitud, pero con mortal seguridad, minó la vida de la condesa del Ramal.

Tal vez ella no se apercibia de este funesto resultado. Verdad es tambien que no la hubiera inquietado gran cosa la perspectiva de su padecimiento físico. Tenia herida el alma, y herida de muerte.

¿Qué le importaba, pues, el cuerpo? Para la bella y desconsolada jóven era el cuerpo como una pesada é insoportable cadena, que sujetándola contra su voluntad á la tierra, la separaba por algun tiempo de la eterna region adonde su espíritu anhelaba volar en alas del amor y del recuerdo.

La vida del mundo, vida pesada y lánguida, vida que se consumía con la lentitud de sus juveniles años, la separaba de otra vida más apetecible á su espíritu.

Velarde estaba en el cielo.

El mundo, por lo tanto, era para Carolina como una cárcel insoportable, triste, aflictiva.

Y sin embargo, tenia un gran consuelo.

La intensidad de su dolor.

Por eso se habia aislado la jóven condesa del Ramal.

Unicamente Utrera solia visitarla algunas veces.

En todas ellas, Carolina encontraba un triste placer en escuchar repetidamente, de los propios lábios de Utrera, el relato de las hazañas, de las palabras, de la propia muerte del artillero, con sus menores detalles.

Entonces Carolina se sonreia tristemente.

Se gozaba en su cruel martirio.

De este modo, Utrera llegó á ser la única persona á quien la condesa del Ramal recibia en su retiro, y tambien la única que pudo interesar su ánimo, abatido y sordo á todas las demás afecciones.

Utrera le habia revelado su proyectado enlace.

Inútil creemos añadir que, como solia hacerlo en toda ocasion, hizo tambien el retrato físico y moral de su amada á la condesa del Ramal; y esta hizo á la vez extensivas sus simpatías á María.

Cuando se acercó el dia señalado para el enlace de nuestros jóvenes, Utrera lo participó á su amiga.

Carolina le rogó la hiciese conocer á la que iba á ser su esposa.

Utrera lo ofreció solemnemente.

Pocos dias despues cumplia su palabra.

Los novios fueron á visitar á la condesa.

Al llegar la encontraron, como tenía por hábito, sentada en su sillón, en el gabinete donde tantas veces había estado Velarde.

La jóven estaba sumamente pálida. Había enflaquecido, y esta circunstancia, unida á su palidez, y á la triste impresion de una amarga sonrisa, que jamás la abandonaba, realzaba más y más su belleza.

Apenas vió á los jóvenes desposados, los negros y rasgados ojos de la condesa del Ramal se fijaron con interés en María.

Esta la saludó con cierta turbacion.

La historia de la condesa, que en más de una ocasion la habia referido su amante, habia arrancado lágrimas á María.

Desde que sus ojos la contemplaron el dia á que nos referimos, la jóven se sintió conmovida profundamente.

Carolina se incorporó con trabajo para recibir á los jóvenes.

Estaba muy débil. Su postracion y su aislamiento iban enervándola poco á poco.

Besó á María en la frente, y despues de haberla felicitado con las frases más cariñosas, la hizo sentar á su lado.

Luego dijo á Utrera: — Dios ha querido guiar á Vd., amigo mio.

Utrera se inclinó en señal de agradecimiento. María, que comprendió á la condesa, se sonrojó.

Carolina repuso: — Vds. no creerán, supongo, que envidio su felici-

dad; pero siento en mí una cosa extraña: la presencia de Vds. en este momento me causa á la vez tristeza y alegría.

—Comprendo lo que Vd. debe sentir,—dijo Utrera,—pero desgraciadamente para consolarla, tan solamente puedo recordar á Vd. que la eterna ausencia del sér que todos lloramos, debe llenar de orgullo, al par que de tristeza gloriosa, el corazón de Vd.

—¡Ah!—exclamó Carolina,—si al ménos me hubiera dejado su nombre, podría yo sentir ese orgullo, que usted dice, del modo que más me satisfaría, esto es, á la faz del mundo. Sin embargo, Vd. lo sabe muy bien; fuimos esposos en el corazón, y la sangre del noble mártir ha venido á sellar en el mundo, y para el cielo, nuestros desposorios.

Las palabras de la condesa conmovieron vivamente á María y Utrera.

Habia en ellas tanto dolor, tal ternura y resignado sufrimiento, que en cada frase parecía exhalar Carolina un pedazo de su herido corazón.

Hubo un momento de silencio.

Carolina comprendió el triste efecto que habia causado.

Como si se arrepintiese de sus palabras, dijo esforzándose por cambiar de tono:

—Pero... ¡qué imprudente soy, Dios mio! Los que sufrimos alguna pena nos hacemos tan egoistas, tan malvados, que á todas horas parecemos complacernos en afligir á los demás... ¡Hoy no es dia de eso! Veo á Vds. felices, y debo á Vd., Utrera, gran amistad para acibararle, lo mismo que á su esposa, en el dia de la boda... No hablemos más de mí... ¡Ah!... á propósito: tengo que pedir á Vd. un favor, Utrera...

—¿A mí?—preguntó el joven;—cuanto Vd. quiera.

Carolina repuso:

—Por mejor decir, este favor lo pido á Vds. dos.

—Ordene Vd., condesa.

—No tomen Vds. á broma lo que voy á decirles, pero acaba de ocurrirme una idea, la cual, aun cuando hoy no tiene fundamento, acaso lo tendrá en el porvenir.

—¿Cuál es la idea de Vd., condesa?

—El cielo, que les acaba de conceder una felicidad, tal vez les proporcionará otra en época más ó menos lejana.

Utrera sonrió.

María miraba á la condesa sin comprenderla.

Esta añadió, dirigiendo á la esposa una mirada insinuante:

—Amiga mia, la primera felicidad, despues del amor de un buen esposo, empieza para la mujer desde que Dios la hace madre.

Las palabras de Carolina eran demasiado elocuentes, y las pronunció con bastante pasion, para que María dejase ya de comprenderlas.

El carmin volvió á subir á su rostro.

La condesa continuó:

—Pues si esa felicidad llega para Vd., amiga mia,—yo no sé cuanto podrá alargarse mi vida;—pero si llega á tiempo ese caso, repito, me darán Vds. una gran satisfaccion y una prueba de que me aprecian, permitiéndome deje algun vinculo en el mundo.

María no supo responder, tal era su emocion; pero su jóven esposo prometió complacer á su amiga.

Largo tiempo hablaron aun.

Carolina preguntó á Utrera al despedirlos:

—¿Es verdad, Utrera, que para el año próximo se disponen unas solemnes exequias por el alma de las víctimas...

—De eso se había tratado por varias personas y por el mismo clero, el cual se brindaba espontáneamente á este patriótico y religioso acto,—respondió Utrera.

—Pues qué, ¿no se llevan á cabo?

—Difícil será.

—¿Por qué?

—A ello se oponen, hoy por hoy, dificultades bien graves; yo no dudo que algun día podrán rendir ese tributo á nuestros amigos; pero entretanto...

—¿Qué?...

—Los franceses ódian la memoria de las ilustres víctimas.

—Entonces...

—Hasta que nos libremos del yugo del usurpador, condesa, nada será posible hacer en ese sentido: los que lo intentáran, arrostrarían la cólera de nuestros enemigos.

De los lábios de Carolina se escapó algo parecido á una maldición, una de las muchas que cayeron sobre la frente del primer Bonaparte.

—Le village d'Alger, que j'ai vu de l'autre côté de la mer, est une ville magnifique, et je suis sûr que vous l'avez vue.

—C'est une ville magnifique, et je suis sûr que vous l'avez vue.

—C'est une ville magnifique, et je suis sûr que vous l'avez vue.

—C'est une ville magnifique, et je suis sûr que vous l'avez vue.

—C'est une ville magnifique, et je suis sûr que vous l'avez vue.

—C'est une ville magnifique, et je suis sûr que vous l'avez vue.

—C'est une ville magnifique, et je suis sûr que vous l'avez vue.

—C'est une ville magnifique, et je suis sûr que vous l'avez vue.

—C'est une ville magnifique, et je suis sûr que vous l'avez vue.

—C'est une ville magnifique, et je suis sûr que vous l'avez vue.

—C'est une ville magnifique, et je suis sûr que vous l'avez vue.

EPILOGO.

I.

La guerra de la Península era cada día más encarnizada, más tenáz, más formidable, contra los ejércitos de la Francia, y el pueblo, ayudado por las famosas y sábias Cortes de Cádiz, peleaba sin trégua contra los enemigos de la independencia.

II.

España, al comenzar la tremenda lucha, que habían inaugurado con tal valor los heróicos y leales madrileños, no tenía soldados bastantes á contrarestar las fuerzas del usurpador.

Las torpezas de los malos gobernantes habían debilitado al país inicuaente.

Pero la Providencia, tan pródiga con nuestro suelo y con nuestra raza, concedió á España recursos muy poderosos, para que la ambicion extranjera pueda abrigar en ningun tiempo la audacia de dominarnos.

Sobre una feráz, sobre una rica, sobre una variada y exuberante naturaleza, colocó Dios á hombres tan altivos como fuertes, tan avaros de su libertad, como terribles cuando se alzan para defenderla.

La raza española es una raza de Cides.

La Península ibérica, cuyo antiguo poder subyugó la época pasada á casi todas las naciones del mundo, ha sufrido tambien grandes reveses, que más de una vez la condujeron á una terrible decadencia.

¡Cuántas plagas no habian caido sobre esta heroica nacion!

Pero en medio de su mayor desgracia, España, la clásica tierra de los Gonzalez y de los Padillas, ha conservado y conservará ileso eternamente uno de sus más preciosos tesoros.

El sentimiento de su integridad, el sacro amor á su independencia, á sus libertades, conquistadas y compradas siempre con inmensos raudales de sangre de sus mártires.

- II.

Por eso España, que en los primeros momentos se habia encontrado desarmada, improvisó un ejército.

Lo más brillante y escogido de nuestra juventud corrió presuroso á formar en las filas de los defensores de la patria.

Las universidades, los conventos, los campos, las ribe-
ras de los mares, en el Mediterráneo y en el Atlántico, de todas partes acudieron españoles á millares, ganosos dever-

ter su sangre, luchando ardentemente contra las águilas del Imperio.

Inglaterra, que por tanto tiempo habia contemplado con terror la talla formidable del gran guerrero del siglo, apenas oyó resonar en las orillas del nebuloso Támesis el grito de los indomables españoles, corrió presurosa, buscando en ello su defensa, á la alianza con los hijos de Pelayo.

El fed-mariscal lord Wellington, al frente de un regular ejército, más bien cuidado que disciplinado en algunas ocasiones, vino á España, y peleó á nuestro lado.

Varia fué nuestra fortuna durante aquella larga y terrible guerra, que costó á nuestros padres tanta sangre como recursos.

Nosotros alcanzamos muy señaladas y gloriosas victorias; pero, preciso es confesarlo, tambien nuestros improvisados ejércitos, ya por impericia de sus generales, bien porque la suerte no es siempre favorable á los hombres y á los pueblos, sufrieron esos horrorosos descalabros, que casi siempre son inherentes á una huella que se prolonga muchos años.

Sin embargo, cuando los ejércitos sufrían alguna derrota cruel para los aliados, en las montañas de Cataluña, de Santander, de Galicia y Asturias se empeñaba por los mismos labradores ese combate, tan terrible en España, que se llama *guerrilla*.

Esto, al par que destrozaba millares de franceses, con muy escasas pérdidas para los guerrilleros, entretenía al enemigo, permitiendo al mismo tiempo que los ejércitos de España atendiesen con alguna calma á reponerse.

Más de 500,000 franceses habian venido á España, y hacían esfuerzos muy poderosos para mantenerse en las di-

versas provincias donde más trabajo les daba el arrojó y muchas veces la audácia de nuestros guerrilleros.

Los primeros generales de la Francia, los más distinguidos mariscales de Napoleon, habian venido á mandar los ejércitos imperiales, ocupados en la guerra de la Península.

El mismo Napoleon habia venido tambien...

III.

Pero inadvertidamente íbamos á ocuparnos y á extendernos en hacer el relato de la guerra.

Semejante tarea no es propia de la índole de esta obra; y además, ya en otro lugar se hablará de esta lucha formidable, en que tan gloriosa parte tomaron las ilustres Zaragoza, Bailén, Gerona y tantas otras ciudades, cuyos valerosos hijos regaron con su sangre los muros de sus fortificaciones, que defendieron al ser amenazados sus hogares por el invasor.

Concretémonos, pues, á nuestro primitivo asunto.

IV.

El pueblo de Madrid, mientras las provincias eran teatro de sangrientas escenas, gemia indignado bajo el peso del intruso monarca.

Las noticias que se recibían eran escasas, y las más veces incompletas; pues los enemigos tenían buen cuidado de desfigurarlo todo, y aun de cortar toda comunicación que pudiese proporcionar al pueblo la verdad de sucesos que nada favorecían al orgulloso francés.

De este modo el desaliento era cada día mayor.

Solamente cuando la desgracia perseguía á nuestras armas, entonces era cuando los madrileños recibían verdaderamente noticias fidedignas, mas aun así con proporciones tan exageradas, que con ellos no ganaba mucho la verdad en boca de los propagadores.

Las peripecias por que había pasado la capital de España en diversas ocasiones, sirvieron para acrecentar el sufrimiento de sus habitantes.

Ya poco tiempo después del alzamiento, el 29 de Julio de 1809, notóse gran agitación entre las tropas francesas que guarnecían á Madrid.

El día 1.º de Agosto siguiente evacuaron la capital.

Esta salida fué motivada por el memorable suceso de Bailén.

La salida de los franceses hizo que 8,000 hombres de tropas españolas sustituyeran á la guarnición extranjera.

Venían al mando de D. Pedro Gonzalez Llanos.

La población madrileña los recibió con extraordinario júbilo.

Pero este debía durar muy poco.

Poco tiempo después volvieron los franceses.

Desde entonces permanecieron en Madrid largo tiempo, hasta que el 28 de Mayo de 1813 salieron definitivamente para no volver.

V.

Libre ya el pueblo del extranjero yugo, pudo respirar con libertad; si bien la miseria consiguiente á los vejámenes producidos por el intruso, se cebó cruelmente en las familias, y con particularidad en las clases pobres.

El 3 de Noviembre de 1813, el clero y feligreses de la parroquia de San Pedro el Real, fueron los primeros en rendir un tributo de admiracion á la memoria de las víctimas inmoladas el célebre dia 2 de Mayo.

En su consecuencia, dicho clero y feligreses celebraron unas solemnes exequias.

Habíase demolido en el mes de Marzo de 1811 la iglesia de San Martin, atendido su estado ruinoso.

Con este motivo se verificó la exhumacion de todos los cadáveres que en ella habia sepultados.

Afortunadamente para nuestros héroes y para la nacion que hoy los admira, tocó ocuparse en dicha exhumacion á los mismos sepultureros que tres años antes habian enterrado á los bravos capitanes Daoiz y Velarde.

Al llenar su fúnebre cometido José Gutierrez, el sepulturero mayor, y su hermano Lúcas, tuvieron la precaucion de no confundir con los demás los restos de nuestros héroes.

Hallaron sus cadáveres intactos, aunque consumidas, como es natural, sus carnes, á excepcion de alguna que, segun una fiel narracion que tenemos á la vista, conservaban aun en sus brazos y piernas.

Daoiz, muy particularmente, conservaba restos del uniforme.

Sin embargo de tantas precauciones como los celosos enterradores, bien por una irresistible veneracion, ó porque adivinaban el porvenir de gloria reservado á las ilustres víctimas la agradecida pátria, habian tomado en el acto de trasladarlos, al tiempo de moverlos se deshicieron.

Daoiz se habia conservado más que su compañero, sin duda porque habia sido depositado en caja.

Los enterradores, para no confundirlos con los demás, colocaron sus huesos en una espuerta.

De este modo fueron puestos en una pieza grande que habia en la mina de dicha iglesia.

Si hemos de creer á un historiador, parece que los mortales restos de Daoiz y Velarde fueron colocados á los pies del esqueleto del padre del Príncipe de la Paz.

«¡Extraño y sorprendente contraste!—exclama muy oportunamente á este propósito;—¡la muerte reunia en un mismo recinto, y colocaba á la par, los restos del padre de aquel que fué indirectamente la causa de tanta catástrofe, y los de sus más nobles víctimas!»

VI.

Don José Canga Argüelles, diputado por Asturias, presentó á las Córtes, en la sesion de 19 de Marzo de 1814, un programa en que se exponia la manera como todas las ilustres víctimas del Dos de Mayo debian ser exhumadas y conservadas sus cenizas.